

MAURIZIO VIROLI

LA ELECCIÓN
DEL PRÍNCIPE

LOS CONSEJOS DE MAQUIAVELO AL CIUDADANO ELECTOR



Maurizio Viroli

La elección del príncipe

Los consejos de Maquiavelo
al ciudadano elector

Traducción de Paula Caballero Sánchez

Título original: *Scegliere il principe*, de Maurizio Viroli
Publicado en italiano por Editori Laterza

Traducción de Paula Caballero Sánchez

Cubierta de Judit G. Barcina

1ª edición, marzo 2014

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2013, Gius. Laterza & Figli.

Todos los derechos reservados

© 2014 de la traducción, Paula Caballero Sánchez

© 2014 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.espacioculturalyacademico.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3017-9

Depósito legal: B-2.208-2014

Impreso en Limpergraf, S. L.

c/ Mogoda, 29-31 08210 - Barberà del Vallès (Barcelona)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Nota preliminar. ¿Por qué pedir consejo a Nicolás Maquiavelo?	15
I. <i>Tomar al menos malo por bueno</i>	19
A los ciudadanos inteligentes les importa el bien público, por lo que hacen oír su voz	
II. <i>Juzga por las manos, no por los ojos</i>	25
Los políticos se juzgan por los hechos, no por la apariencia	
III. <i>Los aduladores proliferan en las cortes, pues los hombres se complacen tanto en lo que les es propio y se engañan hasta tal punto en ello que difícilmente se defienden de esta peste</i>	35
De entre todos los políticos, los peores son los siervos	

- IV. *Una república bien organizada debe abrir los caminos a los que buscan reputación por los procedimientos públicos, y cerrarlos a los que la buscan por vías privadas.....* 41
Quienes hacen favores y prometen la Luna quieren dominar, aunque parezcan buenos
- V. *La pobreza no impedía el acceso a ningún cargo ni a ningún honor, sino que se iba a buscar la virtud allí donde habitase.....* 47
Apoyar a hombres ricos y poderosos es propio de necios
- VI. *Y si los romanos nunca hubiesen prorrogado las magistraturas ni los imperios [...], también hubieran tardado más en caer en la servidumbre...* 51
Quien permanece muchos años en el poder se convierte en un peligro para la república
- VII. *Un príncipe que pueda hacer lo que quiera está loco, y un pueblo que pueda hacer lo que quiera no es sabio.....* 55
La verdadera seguridad reside en la libertad y en las leyes
- VIII. *El embajador debe aspirar a «adquirir reputación» demostrando con su comportamiento que es un «hombre de bien», generoso, íntegro, «no avaro y sin dobleces»* 63
Los ciudadanos que ocupan cargos públicos deben desempeñarlos con disciplina y honor

- IX. *Amar la paz y saber hacer la guerra.....* 69
 Un pueblo debe ser capaz de defender su libertad
- X. *Id a morir con esos dineros ya que no habéis querido vivir sin ellos* 75
 No pagar impuestos es un comportamiento propio de necios e inmorales
- XI. *Es mejor hacer y arrepentirse, que no hacer y arrepentirse* 79
 La sabiduría de vivir consiste en la justa armonía entre gravedad y ligereza
- XII. *Estudia, compórtate bien, aprende, que si tú te ayudas, todos te ayudarán* 85
 La educación en la familia es esencial para la formación del buen ciudadano
- XIII. *Así como las buenas costumbres, para conservarse, tienen necesidad de las leyes, del mismo modo las leyes, para ser observadas, necesitan buenas costumbres.....* 91
 Un pueblo corrupto no puede vivir libre
- XIV. *Es necesario que aprenda a poder ser no bueno.....* 97
 Solo en circunstancias excepcionales, el político podrá alejarse de la virtud

12 Sumario

- XV. *La causa de la buena y mala fortuna de los hombres reside en su capacidad de acomodar su proceder a los tiempos* 111
Quien no entiende los tiempos y a los hombres está destinado a fracasar
- XVI. *Este procedimiento era bueno mientras fueron buenos los ciudadanos [...]. Pero cuando los ciudadanos se volvieron malos, este procedimiento resultó pésimo*..... 119
Solo los políticos sabios y honestos pueden modificar la Constitución
- XVII. *Amo a la patria más que al alma* 125
El buen político pone el bien común por encima de todo
- XVIII. *No se debe dejar pasar esta oportunidad para que Italia encuentre, después de tanto tiempo, su redentor* 131
La verdadera prioridad de Italia es el renacimiento civil
- Más consejos 139

I

Tomar al menos malo por bueno

A los ciudadanos inteligentes
les importa el bien público,
por lo que hacen oír su voz

Maquiavelo vivió el ocaso de la República de Florencia, el nacimiento y la consolidación del régimen de los Médicis y el fortalecimiento del dominio extranjero sobre Italia. De estas dramáticas experiencias obtuvo valiosas enseñanzas de sabiduría política; en primer lugar que, cuando los ciudadanos dejan de cumplir con sus deberes, bien por desidia, bien porque son corruptos, bien porque se consideran más astutos que los demás, sucede inevitablemente que algún hombre poderoso y sagaz se adueña del Estado y corrompe la libertad.

Solo a los ciudadanos comunes, y no a los poderosos, les interesa defender la libertad de la república, pues los primeros no quieren vivir sometidos, mientras que los segundos muestran un gran deseo de dominar. A este respecto, Maquiavelo nos da un consejo en su reflexión sobre la historia de la Roma republicana:

En cuanto a las razones, colocándome, en primer lugar, del lado de los romanos, creo que se debe poner como guardianes de una cosa a los que tienen menos

deseo de usurparla. Y, sin duda, observando los propósitos de los nobles y de los plebeyos, veremos en aquellos un gran deseo de dominar, y en estos tan solo el deseo de no ser dominados, y por consiguiente mayor voluntad de vivir libres, teniendo menor poder que los grandes para usurpar la libertad. De modo que si ponemos al pueblo como guardián de la libertad, nos veremos razonablemente libres de cuidados, pues, no pudiéndola tomar, no permitirá que otro la tome (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, I. 5; en adelante, *Discursos*).¹

Uno de los medios que tenemos a nuestra disposición para controlar a nuestros gobernantes y que estos entiendan cuánto nos importa el bien común, es el voto. Cuando los poderosos ven que los ciudadanos no acuden a las urnas y no parecen preocuparse por el bien común, se creen capaces de imponer fácilmente su voluntad, bien con la fuerza bien con la mentira, o con ambas. Para evitar perder nuestra libertad, nuestro consejero nos enseña que es necesario que los ciudadanos participen en el gobierno de la República («cuando todos intervengan en él, sabiendo cada cual lo que tiene que hacer y lo que debe esperar», *Discursus florentinarum rerum*);² es decir, que si queremos vivir libres y segu-

1. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón), Madrid, Alianza, 1987⁸. (*N. de la T.*)

2. Nicolás Maquiavelo, *Obras históricas de Nicolás Maquiavelo* (traducción de Luis Navarro), Buenos Aires, Poseidón, 1943, pág. 579.

ros, debemos estar vigilantes y atentos, para impedir que el Estado y la ciudad caigan en manos de quienes quieren adueñarse de él con el único fin de conseguir dinero y privilegios.

Además del voto, los ciudadanos pueden, y deben, participar en las manifestaciones públicas, sobre todo cuando los gobernantes quieran imponer leyes que ofendan los derechos fundamentales de la libertad. Maquiavelo es, quizá, el único de entre los escritores políticos antiguos y de su tiempo que elogia los conflictos sociales, pues considera que estos consolidan la libertad. Si el pueblo tiene la capacidad de salir a la calle y hacer oír su voz, los poderosos difícilmente conseguirán imponer su voluntad y, con toda probabilidad, se llegue a un compromiso razonable y a una ley que tenga en cuenta los intereses de los diferentes grupos sociales. Si no logran imponer su voluntad, la ciudad permanecerá libre gracias a dichos conflictos. Habría que matizar que Maquiavelo se refiere concretamente a los conflictos sociales circunscritos a la vida civil. En el caso de los conflictos sociales de carácter violento, en los que el pueblo humilla a los grandes y los grandes al pueblo, su condena es inapelable.

En cualquier caso, la movilización social no puede sustituir al voto. Las leyes se aprueban en los Parlamen-

Nótese que la traducción española de este opúsculo reza *Sobre la reforma de la Constitución de Florencia. Hecho a instancia del Papa León X*; un título añadido con posterioridad que aparece en varios manuscritos que transmiten el *Discursus florentinarum rerum*. (N. de la T.)

tos, no en la calle. Si el Parlamento lo ocupan políticos corruptos o ineptos, tendremos malas leyes. Pese a sus defectos e inconvenientes, la manera más segura de no tener malas leyes es confiar a todos los ciudadanos el poder de elegir a sus representantes. Las alternativas a la soberanía popular, que se expresa en primera instancia mediante el voto, consisten en confiar el poder soberano a una minoría o confiarlo a un príncipe. Sobre la primera posibilidad, nuestro consejero advierte de que «los pocos siempre obran a gusto de los pocos», mientras que sobre la segunda, que el pueblo juzga mejor que un príncipe, escribe: «En cuanto a la prudencia y la estabilidad, digo que un pueblo es más prudente, más estable y tiene mejor juicio que un príncipe». Y no sin razón la voz del pueblo a menudo se compara a la de Dios:

[...] pues vemos que la opinión pública consigue efectos maravillosos en sus pronósticos, hasta el punto de que parece tener una virtud oculta que le previene de su mal y de su bien. En cuanto a juzgar las cosas, muy pocas veces sucede que cuando el pueblo escucha a dos oradores que intentan persuadirlo de tesis contrarias y que son igualmente virtuosas no escoja la mejor opinión y no llegue a comprender la verdad cuando la oye (*Discursos*, I. 58).

Tal vez Maquiavelo se muestre demasiado benévolo para con la sabiduría del pueblo. Ante el desolador espectáculo de corrupción y de incompetencia que, desde hace años, nos ofrecen muchos de nuestros representantes, la tentación de denigrar la república democrática y los partidos es comprensible, pero no se

trata de un modo de pensar propio de ciudadanos sabios. No existen verdaderas alternativas a la soberanía popular, como tampoco a los partidos (aunque sí habría verdaderas alternativas a los partidos actuales, por ejemplo, partidos con líderes más preparados). Cuídemos el Estado democrático y no caigamos en el error de despreciarlo y añorarlo una vez que lo hayamos perdido. Acudir a las urnas es la manera más eficaz para dar a entender que lo consideramos un bien de inestimable valor.

Y ¿si ningún candidato nos convence del todo? Maquiavelo nos ofrece su ayuda observando que nadie puede creer que las decisiones que tome no impliquen inconvenientes o riesgos:

[...] piense más bien que habrá de tomarlos todos dudosos; porque eso es lo que ocurre en el orden natural de las cosas, que es imposible huir de un inconveniente sin caer en otro, pero la prudencia consiste en ser capaz de reconocer la naturaleza de los inconvenientes y tomar por bueno el menos malo (*El príncipe*, XXI).³

Votemos, pues, al partido o al candidato menos malo para evitar desastres terribles, pero votemos. Y no olvidemos que —de nuevo en palabras de nuestro consejero—, si después de un príncipe malo viene uno peor, cualquier república caerá en la ruina.

3. Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* (traducción de Miguel Ángel Granada), Madrid, Alianza, 1981. (*N. de la T.*)